

la aplicación. La pereza es un vicio demasiado frecuente, un resto de la pasividad primitiva que aún hoy domina al salvaje y que hace que éste prefiera el hambre al trabajo. Cuando el ejemplo de los padres y del profesor, el de los alumnos ya mayores (que precisamente es muy importante en la educación colectiva) y el placer que se encuentra en el resultado no consigan hacer que un alumno trabaje, debe apelarse a los castigos naturales. Al que no trabaje *libremente se le debe obligar limitándole la libertad. Así como el apetito viene comiendo*, también en el trabajo forzoso se encuentra placer, primero por el provecho y después por el trabajo mismo. Pero la causa de la des aplicación del alumno no está muchas veces en la pereza, sino en las distracciones múltiples. En ese caso hay que apartar los motivos de la distracción (sociabilidad, lecciones de baile, todas las asignaturas accesorias, entusiasmo por el *sport*) en lo que sea posible.

A la acción externa es muy parecida la que se ejerce sobre el pundonor. En la enseñanza de una clase este sentimiento se manifiesta en la emulación, en la competencia que se establece involuntariamente entre los niños para demostrar por señales externas sus conocimientos. Esto se juzga de muy distintos modos. Los jesuitas conceden gran importancia a la emulación y, en cambio, los jansenistas la desterraron de sus célebres escuelas de Port-Royal. También J. H. Campe (en oposición a los demás filántropos) la combate. Ciertamente que el motivo de ella no es el más puro, pues no nace de un deseo bueno en sí mismo, sino de la aspiración a sobresalir entre los demás. Sin embargo, como la escuela tampoco puede llegar, desgraciadamente, a esta perfección, la emulación será inevitable. En la marcha de la enseñanza toma ella en general la forma de los llamados *certámenes*, es decir, oposiciones para ocupar grados más elevados en la escuela, que se conocen por los puestos en que se sientan los niños. Este cambio de puestos no debe hacerse con mucha frecuencia. Si después de cada lección se hace adelantar o perder puestos a los escolares, como los conservan muy poco tiempo, se malogra el fin que se quiere alcanzar.

Pero ¿a qué se dirige la aplicación? Indudablemente a los valores morales. Estos deben en parte *conservarse* y en parte *crearse*.

La *creación* de valores, el trabajo espiritual, podría designarse con la palabra "perfección", por el método general con que se logra. Significa ésta la pulcritud interna del trabajo, la exactitud, que lo mismo se manifiesta en la escritura clara y acabada que en el rigor lógico con que se unen las ideas abstractas, perfección a la que sólo se habitúa el alumno merced a una *observación constante y a una dirección acertada*. De aquí se deducen para el profesor multitud de deberes, grandes y pequeños, pero todos serios, por la importancia del fin.

La *conservación* de los valores espirituales es tan importante como la producción de los mismos. Se logra, en primer lugar, por la perfección exterior a que deben tender los escolares en sus cuadernos y libros, así como en sus vestidos. Esto parece meramente externo, pero es de un valor estético muy grande. Todo hombre tiene tendencia al aseo, y esta inclinación, lo mismo puede ser perfeccionada que destruída. Los padres que por economía dan a sus hijos libros viejos, contribuyen a lo último. Porque de este